

jado para siempre? En su pensamiento se agolpan las preguntas, pero mudas permanecen sus bocas porque ya la auréola de la inmortalidad brilla sobre sus cabezas, y en sus oídos comienza á sonar el dulce acento de la bendición divina. Tiéndense los brazos, enlázanse el uno al otro, pierden el sentido. ¡Al sueño de un instante sucede la resurrección á la vida de los ángeles!... ¡Juntos vuelan los dos en el espacio: para siempre se han confundido en una sus dos almas!

Venturoso instante que has de reunir á los amantes cuyas cenizas reposan en la misma tumba: cuando la fantasía de los mortales imagina comprenderte no hace más que entrever algún pálido destello de la felicidad que disfrutaron Cidlia y Sémida, cuando estrechamente enlazados el uno con el otro se sintieron arrebatados á las celestiales regiones, donde ya no alcanza el poder de la muerte á separar dos almas, que santo amor unió en la tierra.



## CANTO DÉCIMOSESTO.

ARGUMENTO. — Reúne el Mesías en el monte Tabor á los ángeles y á los resucitados, y se les aparece como juez y dueño soberano del universo. — Juzga y sentencia á los habitantes de la tierra muertos en aquellos últimos tiempos. — Ruégale el ángel custodio de una estrella que debe ser trasformada, que apresure al instante de aquel fenómeno. — Un joven morador de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, es uno de los pecadores á quienes juzga el Mesías. — Desciende Jesucristo á los infiernos. — Castigo de los ángeles rebeldes.

No conoceis al Redentor divino, vosotros los que no quereis persuadiros de que por él y para él se verificó la creación, y que él es y será dueño abso-



luto de cuanto existe, hasta el día en que los senderos trazados al través del laberinto de todos los mundos vayan á confundirse en un solo punto señalado por el Eterno para el cumplimiento de sus decretos y la felicidad de todas sus criaturas. Si pendiente de la cruz no hubiera la divinidad moribunda dicho : *consumado está*, no pudieran las innumerables legiones de los seres creados repetir un día en los cielos, y con toda la efusion de felicidad propia de los elegidos : ¡ *Consumado está!*

Cuando salió de la morada de Juan en donde por medio de su aparicion consagró Cristo á sus elegidos para la vida eterna, trasladóse al monte Tabor, trono celestial en que ha prometido sentarse hasta el momento en que vaya á ocupar su asiento á la diestra de su padre. Presintiendo el monte sagrado la escena de que iba á ser teatro, estremecióse y brilló con sobrenatural resplandor. Ya los resucitados se han reunido en la verdé cima, y sobre sus cabezas forman los ángeles un semi círculo cuyos extremos van á perderse en la inmensidad de los cielos. De pié en medio de las dos inmortales cohortes apóyase el Mesías en una roca cubierta de musgo; y no es ya aquel Jesus que poco há padecia resignado, sino el hijo del Eterno en todo el esplendor de su grandeza y magnificencia. A su inmediacion los seráfines y el mismo divino Elohá son pálidas sombras; mas cada vez que sus miradas se

fijan en las innumerables celestes legiones, sienten aquellas con mayor fuerza las bienaventuranzas, que la omnipotencia divina concedió á los seres creados, á quienes su mano colocó en el último peldaño de la escala de las perfecciones que al Creador las aproxima.

Obedeciendo á una señal de Cristo voló un querubín á buscar las almas de aquellos moradores de la tierra, que dejaron de existir despues de su resurreccion. Verdes estan aun las coronas de ciprés con que sus amigos ornaron los fúnebres oteros y las urnas que encierran los restos mortales de los espíritus llamados á juicio; mas aquellos testimonios de un afecto con frecuencia mentido, no pueden libertarlos de la sentencia del Juez supremo. Guiada por el mensagero del Redentor llegó aquella multitud de almas, apenas libres de los lazos del cuerpo, de todos los extremos del universo, y en todas direcciones, al monte Tabor, como lluvia de nube de verano, que mezclándose con los rayos del sol aquí cae en torrentes impetuosos, y mas allá en diáfanas gotas. Al ver á Cristo comprenden los muertos que se hallan en presencia del Juez supremo, mas sin adivinar qué suerte los espera. Con voz imponente y grave les pregunta el Salvador : « ¿ Quién sois? » Y responden todos á un tiempo hablando con énfasis de su mérito y virtudes. Mas una mirada del Mesías les hizo comprender que en vano pro-



curaban engañarle, y que mejor los conoce su Juez que ellos se conocen á sí mismos.

Ya abren los ángeles el libro de la vida y recorren sus hojas : pocas son aquellas en que brillan los luminosos caracteres que eternizan las grandes y virtuosas acciones.

El libro ha vuelto á cerrarse, y los muertos esperan con muda ansiedad. Prontas son las sentencias del Juez supremo ; y así hieren con la rapidez del rayo, como dan vista á los ciegos.

Una mirada del Salvador indica á los ángeles por qué caminos han de conducir á las almas, ya juzgadas, á su morada definitiva. Algunos de esos caminos conducen al abismo, otros á los cielos. Pocos instantes bastan para recorrer los primeros, pero siglos de siglos son necesarios para que los pecadores perdonados lleguen hasta el trono del Eterno<sup>1</sup>.

Los moradores de las altas regiones detienen á las almas que por sus dominios pasan para darles

<sup>1</sup> Niegan los protestantes la existencia del Purgatorio como absurda, véase, sin embargo, como Klopstock, no pudiendo admitir que desde luego se conceda la eterna bienaventuranza al que siempre fue bueno y creyente, lo mismo que al pecador á quien acaso un solo instante de arrepentimiento al espirar liberta del suplicio de los réprobos, tiene que establecer esa especie de peregrinacion y escala para llegar al colmo de la felicidad. En la esencia, uno mismo son el pensamiento del purgatorio, y el de Klopstock, las formas solas difieren. — T. E.

saludables instrucciones; y mas lejos detiéndense ellas espontáneamente, hasta que llegan á comprender porqué razon suben á los cielos al paso que otras bajan á los abismos. Antes de emprender sus distintos vuelos todas las almas juzgadas se humillan en el polvo y esclaman á la vez :

« *Brama*<sup>1</sup>, *Tien*<sup>2</sup>, *Júpiter*, *Krodo*<sup>3</sup> : sí, culpables somos; nuestra vida fué una cadena de culpas y extravíos, imploramos tu misericordia. »

Volvióse el Redentor hácia los ángeles y dijo :

« Conducid á ese habitante de las orillas del Eufrates, á la estrella que mas distante está del Líbano, y hasta el séptimo cedro del sagrado bosque : mucho pecó ese hombre, pero muy ardiente era su alma y muy fuertes sus tentaciones. Cuando se aproxime á la suave luz de la estrella Filia, diranle los habitantes de aquel astro bienaventurado el nombre de su Salvador... Ese otro espíritu, procedente de las regiones que el Ganges riega, amaba sí á la virtud, mas tibiamente; melancólico y pensativo vivió entre las dudas y la incertidumbre : sírvale el monte Hermon de lugar de descanso hasta que al concluirse los tiempos conozca á su Juez. Nombradle al Redentor así que hiera sus ojos la

<sup>1</sup> *Brama*, dios creador y primera persona de la Trinidad, segun la Teogonia de la India. — T. F.

<sup>2</sup> *Cielo supremo*, dios de los Chinos. — T. F.

<sup>3</sup> Uno de los dioses de los Germanos, hoy Alemanes. — T. F.



argentada luz de la estrella del Nebo... Tú, que tan humildemente te inclinas hasta el polvo, en la tierra fuiste orgulloso y duro hasta la crueldad... Querubin, que los infiernos encierren á ese malvado antes que yo baje á la cima del monte de los Olivos. »

Desesperado retorció sus brazos el orgulloso clamando :

« ¡O Júpiter, no me aniquiles bajo el peso de tu cólera ! »

Y Cristo responde :

« Vé, sigue á tu conductor, y ten entendido que si te precipito en el fondo de la region de los tormentos es porque hiciste traicion á tu mejor amigo... Y tú, prosiguió dirigiéndose á otro de los muertos, tú que fuiste caritativo y bueno y que creiste en la misericordia del padre comun, sabe que ese padre es mas grande y mas misericordioso de lo que tú te atrevas á esperar. Querubin, así que con él hayas pasado el manantial de Bélen, entrégale la mas bella de las palmas de Getsemani... Soñando batallas pasó las noches aquel guerrero; consagró los dias á realizar sus sueños; recibíanle los infiernos; y arrójense con horribles silbidos sus mas negras serpientes sobre ese otro miserable cuya delicia en el mundo era calumniar á sus hermanos. »

Calló Cristo, los ángeles ejecutaron sus órdenes

y arrodillado á sus pies un querubin, que bajó de lo alto de los cielos, dijo :

« Dios mediador, ya la estrella, cuyo custodio soy, se estremece y prepara á su trasformacion; presienten sus moradores que pronto volarán hácia la luz primitiva, y temo que sucumban al violento deseo de bañarse en aquel Eterno rio. Dígnate apresurar el cumplimiento de un deseo que les permitiste tener ; permite que toquen mis alas en las sagradas palmas del valle de Getsemani, y entonces los polos de mi estrella temblarán mas que nunca, romperanse las columnas de los abismos y caerán con ellas los floridos campos y los mares y montañas del astro á quien espera mas alto destino. »

Y responde Cristo :

« Toca con tus alas las sagradas palmas del valle de Getsemani. »

Y en rápido vuelo marcha el angel á apresurar la trasformacion de la estrella confiada á su custodia.

Volviéndose hácia el muerto á quien acaba de conducir ante el Mesías, dícele un querubin con celeste sonrisa :

« Enjuga tus lágrimas, demasiado bueno, demasiado noble fuiste para los hombres con quienes vivias, y ellos incapaces de apreciarte aborrecieron. Para siempre se ha secado el manantial de



aquellas lágrimas que derramaste en el arido desierto á donde la humana ingratitude te obligó á buscar refugio. Alza los ojos y mira las estrellas : todas has de atravesarlas antes de llegar al último grado de beatitud que el Señor concede á los bienaventurados. »

Un rey de la India, apenas sacudido el letargo de la muerte, acaba de despertar del sueño de su terrena vida, y el recuerdo de las pasadas grandezas le llena aun de vanas ilusiones.

« ¿En donde están, clama, las almas de los esclavos sobre mi tumba inmolados? ¡Vengan á preceder y á anunciar á su dueño! »

Ninguna voz responde á la suya, y solo atraviesa las sombrías bóvedas que le conducen á una vasta llanura, en la cual oye la voz de un inmortal que desde los aires le dice :

« Sígueme, y sírvante de norte los luminosos rayos de mi huella. »

Mal su grado obedece el alma del monarca, y pronto escucha desesperada la sentencia del Altísimo que severamente juzga á los poderosos.

« Sí, aquí hallaré socorro y compasion, dijo un alma, apenas hubo sacudido los lazos de su cuerpo por la miseria y los padecimientos estenuado ; las brillantes visiones que me rodean serán sin duda los dioses, y los dioses son justos. No así los hombres, que aborrecen y desprecian á la inocencia,

que detestan el honor y la probidad; los dioses solo son justos. »

Dijo, y recibió el premio de su resignacion y de su fe.

Cierta enfermedad, aguda y rápida en sus efectos, postró en el lecho del dolor y de las penas á Gelimar, joven ardiente é impetuoso, que viéndose en tal peligro se abandonó á los mas sombríos pensamientos, á pesar de los esfuerzos que un su amigo hacia para que recobrase la esperanza.

«Voy á morir, clamaba el enfermo ; vamos á separarnos para siempre ; tal es la inflexible voluntad del destino. ¡ La misma suerte espera á la flor caída del arbol en que nació, que al amigo á quien tan tiernamente has amado, que á tí mismo, que á todo cuanto existe en los inmensos dominios de la muerte ! Sí, la flor seca y el hombre cuando muere van á perderse en la nada cual si nunca hubieran existido ! ¿Porqué tan amorosamente se fijan tus ojos, llenos de lágrimas, en mi pálido y descompuesto rostro ? ¡No necesito consuelo yo, que voy á morir !... Mas tú... ármate de valor y no me sigas muy de cerca... Ahora en fin puedo confesartelo : en medio de la indolente alegría de mi edad siempre me ha dominado el presentimiento de la muerte, y con frecuencia me he preguntado á mí mismo : ¿A donde iré ? ¿Qué será de mí ? Y una voz interior me respondia : Te descompondrás en



átomos imperceptibles que el soplo del tiempo esparcirá en el universo. No así llores, hermano mio; ¿Qué te importa la suerte de mis inanimados restos? ¡Porque tú, á lo menos así lo espero, no me harás la injuria de creer que ellos sean aun el amigo á quien tanto amaste!... Hasta aquí procuré no herir tu sensibilidad; ahora ya nada respeto, ni aun tus lágrimas... Asíóme la muerte con su mano de hierro, y mi alma se ha hecho tan inflexible como la Parca misma... Oye el último de mis pensamientos, te lo confieso como guerrero moribundo confia su escudo al mas amado de sus compañeros de armas... Voy á aniquilarme enteramente, estoy convencido de ello; esa idea me desespera, mas no por ello acuso á los dioses, no; somos harto pequeños los mortales para atrevernos á pedir la inmortalidad. Ahora vé, y llena esa copa en la fuente mas abundante y fria que encuentres; y sea que el agua aplaque la sed que me atormenta, sea que apresure mi muerte, en ambos casos me aliviará... »

Apresuróse el amigo á cumplir los deseos de Gelimar, bebió este de una sola vez toda el agua de la copa y casi en el mismo instante exhaló el último suspiro.

A impulso de la violenta conmocion que al separarse del cuerpo experimentó aletargóse por un momento el alma de Gelimar, mas despues voló

por los aires llenándolos con sus clamores de gozo y de sorpresa.

« ¡Dioses inmortales! ¡Dioses de los astres y de los orbes! ¿es posible que existo? ¡Yo, que acabo de morir, existo! ¿Será tal vez el último delirio de la materia al descomponerse, será la última ilusión del espíritu antes de perderse en lo infinito?.. No, vivo, y esta nueva vida no es flor que se seca y desaparece para siempre! Dioses poderosos, ¿habitais en medio de las innumerables estrellas que se me aparecen cada vez mas brillantes y hermosas?... ¿Dioses clementes, en donde y como podré hallaros? Dígnos mostraros ante mí, para que humillado á vuestros pies clame lleno de gratitud y de alegría: Gracias, gracias, dioses eternos, por quienes existo para siempre... ¿En donde gime ahora aquel amigo de mi corazón á quien dejé en la tierra con la cruel certidumbre de que la muerte es un letargo sin ensueños y sin fin?... ¡Ah! ¿porqué conmigo no espiraste?... ¿Me será lícito bajar otra vez al bosque en que aquel amigo fiel abre mi tumba? ¿Podré á mi vez presentarle la copa que da la muerte y de nuevo subir con él á las regiones de la inmortalidad? »

Al terminar estas palabras divisando Gelimar sobre la cima del monte Tabor, á muchos seres semejantes á él y á los inmortales, creyó que los últimos eran los dioses, y cayó á sus plantas para adorar-



los; mas uno de ellos le mandó levantarse diciéndole :

« Nosotros somos seres creados y nada mas. »

« ¿Y habeis sentido como yo el brazo helado de la muerte? ¿Y como yo, habeis despertado á nueva vida? » preguntó Gelimar.

Y respondió uno de los seráfines.

« Dios nos ha creado inmortales... Siguenos.... Pronto te iluminará el que hizo las estrellas y los seráfines, y las almas de los mortales.

Y sus celestes guías le hicieron subir por la luminosa senda que el Salvador les indicó.

Levántanse los soles, ocúltanse los soles, y prosigue Cristo juzgando á las almas de los mortales, que en número inmenso llegan de todas las regiones de la tierra. Desaparecen unas como gotas de agua que caen sobre la abrasada arena; otras corren lentamente como las argentadas olas del arroyo que riega floridas praderas; todas siguen el movimiento de la terrible balanza que tan pronto baja hácia el abismo como sube hasta los cielos.

Ven, ven, rápido arroyuelo, ven á unir tu suave murmullo á los bramidos del torrente del cual saco mis solemnes cantos; ven á refrescar un alma demasiado debil para resistir á las bienaventuranzas que la inundan á medida que adelantándose va en la senda á que osó levantarse.

Cien veces se mostró la luna á los mortales bajo

las distintas fases de su periódica carrera, desde que me atreví á cantar los juicios del Mesías sobre la cima del Tabor: esperaba yo entonces terminar mi obra con el auxilio de la divina gracia, mas inopinadamente sombrías nubes velaron mis ojos y pensamientos de muerte se apoderaron de mí. Venci aquel vano terror, vivo aun, y terminaré la santa obra que voluntariamente emprendí. ¡Gracias te sean dadas, ó mi divino Redentor, que para ello me das fuerza! Mientras que la muerte se acerca á pasos lentos, la esperanza nos sostiene y ella tambien nos guia á nuestra patria celestial.

¿Qué será lo que yo sienta cuando pasando los límites de la tumba, vea aparecer, cada vez que el tiempo dé un paso, legiones de almas huyendo de sus mortales cuerpos? Juntos vendrán los escépticos, los incrédulos y los cristianos; juntos vendrán los amigos que aun lloran por los amigos de su eleccion, muertos antes que ellos, y las viudas á quienes sus esposas esperaban; y todos los misterios de la Providencia serán revelados entonces: cada uno de los átomos de la creacion comprenderá lo que fué, sabrá lo que ha de ser; el aliento de la eternidad para siempre habrá reanimado á los muertos y desvanecido las ilusiones. Vosotros los que habeis sufrido los tormentos de la sed del saber debeis comprender cual será nuestra felicidad, cuando en fin tengamos en la mano el hilo



protector que solo puede guiarnos en el misterioso laberinto donde tantas veces se estravió nuestro pensamiento.

Ven, ven, rápido arroyuelo, ven á unir tu suave murmullo á los bramidos del torrente del cual saco mis solemnes cantos; ven á refrescar mi alma demasiado debil para resistir á las bienaventuranzas que la inundan á medida que adelantándose va en la senda á que osó levantarse.

La capital de un poderoso reino acaba de hundirse; los muertos, bajo sus ruinas sepultados, llegan ante el Juez supremo: uno solo entre ellos fué justo y humano de corazon. Rodea, envuelve y oculta la multitud al noble muerto, mas sin embargo pronto se halla él solo ante su angel custodio quien bondadosamente se le sonrie. Así el hombre honrado á quien la calumnia abrumba no descende á justificarse, y espera pacientemente que el sol de la verdad venga á disipar las tinieblas del engaño.

En el delirio de la desesperacion cierto joven desdichado dirigió contra su propio pecho un agudo puñal. Horrorizado de su crimen arrojó lejos de sí el acero homicida; volvió á levantarlo y con las horribles miradas y espantosa risa de un demente de nuevo vuelve á hundirselo en el pecho. Aun corria su sangre, sus ojos veian aun, y convulsivos movimientos continuaban agitando sus miembros;

mas con un violento esfuerzo puso término al padecer y á la vida. Al recibir su cadaver estremeciósela tierra; su alma comparece ante el Mesías.

No bastó á despertar al suicida el resplandor de los astros que le iluminan, y que centellantes nubes velan y descubren alternativamente. Mas al ver á los inmortales salió de su letargo, para caer bajo el peso de todos los terrores que á un mismo tiempo le asaltaron. Con él temblaron los ángeles, sin que uno de ellos, se atreviese á esperar que el criminal hallase misericordia ante el Juez supremo: mas el Juez supremo miró al suicida y una sonrisa mitigó la severidad de su aspecto. ¡Inefable sonrisa de la clemencia divina, por tí pasa el pecador desde el exceso de la desesperacion al colmo de la celeste beatitud!

Era Elisama, un pobre anciano reducido á implorar de la generosidad de los ricos el escaso alimento necesario para conservar su miserable existencia. Vino en fin la muerte á terminar sus pocos merecidos males, poco merecidos sí, porque era tan bueno como paciente. Mas valeroso que los héroes, que con sangrientas hazañas se immortalizan, sufrió sin quejarse todas las miserias de la vida; mas hizo, aceptándolas con gratitud, persuadido de que así el dolor como la alegría son dones de la bondad divina. Honrado hubiera al trono aquel anciano á quien el último de los hombres creia te-



ner derecho á despreciar: una sola criatura le amó en la tierra: un perro. Con lastimeros ahullidos acompañó el fiel animal el estertor de su moribundo dueño, y cuando ya no le oyó gemir, lamiendo por última vez sus heladas é inmóviles manos, dejóse caer sobre ellas para no levantarse jamás.

En presencia del soberano Juez se halla Elisa-ma, un angel le pone la corona destinada á los que en la desgracia se resignan, y prolongado clamor de alegría sale de entre los inmortales, y llega hasta el trono del Eterno.

Zadec tuvo en vida reputacion de hombre justo y virtuoso, porque era uno de los mas escrupulosos observadores de los preceptos de la ley de Moises. Facil era hacerlo así á su corazon que ni ardientes pasiones, ni impetuosos deseos conocia; y aquel hombre imaginaba poseer tesoros para los cielos, porque nunca tuvo otro alimento que las migajas que de la mesa de los ricos caian, ni bebió mas agua que la que de las pantanosas lagunas sacaba en una copa de madera; porque no contó con mas recursos que los óbolos de cobre que penosamente atesoraba en su miserable choza. ¡Ay de aquel! ¡que desprecia á los pobres como Zadec! ¡Ay del pobre si confia con orgullosa seguridad que serán recompensadas en la eternidad acciones que ni luchas ni sacrificios le costaron! Mientras estra-

viado por su funesto orgullo esperaba Zadec su sentencia sin temor ni inquietud, pronuncióla el pensamiento de Cristo; y el querubin obedeciéndole impelió al condenado hácia el abismo. Resistióse Zadec clamando:

« ¿Quieres llevarme á los infiernos á mí que fui uno de los mas escrupulosos observadores de los preceptos de la ley de Moises? Recompensas son las que se me deben... Te engañas, terrible fantasma: no es posible que te hayan mandado arrastrarme por este espantoso camino. ¡Ah! ¡tráguete la eterna noche, devoren las llamas del infierno esos tus rayos que me esterminan! »

Sombrías nubes envuelven el alma del condenado, disípalas el resplandor del querubin; conoce en fin Zadec que el poder de los inmortales es irresistible, mas lucha sin embargo, consigue escaparse y se precipita en el fondo de una sima. Desvaneciéndose entonces el último destello de compasion que aun contenia la cólera del angel, llamó á Zadec con voz tonante; y el réprobo saliendo de la sima ahulla, cruge los dientes y vuela con su terrible conductor hácia la morada de la eterna condenacion.

Innumerables hordas estan formadas en batalla, combaten, y en la lucha carnífera sus gefes, que eran dos célebres conquistadores, caen y mueren. Horrible silencio reina en torno de los cuerpos de en-



trambos guerreros, y el campo ensangrentado se mira cubierto de cadáveres. Como manga de agua, que inunda repentinamente un país entero cayeron sobre el monte Tabor, donde el Juez supremo estaba, las almas de los combatientes muertos en la homicida lucha. Agítase la temida balanza y se desnivela, cae el rayo vengador sobre los dos conquistadores, siguiendo con horrible estrépito á los ilustres criminales hasta el fondo del Averno; y en el fondo del Averno se escuchan clamores de maldición mezclados al crujir de las armas. Un soldado, apenas despierto del sueño de la muerte, blande la cuchilla, aun teñida en sangre, y esclama con la feroz alegría que el aspecto de la matanza le causó siempre :

« ¿ Combátese también en los cielos?... Salud á la eternidad, pues que en ella se dan batallas. »

A tan loco grito responden, crujiendo las cadenas que aprisionan á los dos conquistadores, con risa espantosa los espíritus malignos.

Blandamente pulsán los ángeles las cuerdas de sus arpas, cuyos suaves melodiosos y tiernos acentos resuenan en el espacio, anunciando la llegada de un crecido número de niños muertos en las orillas del Ganges, del Nilo y del Niágara. Descienden aquellos puros é inocentes espíritus á la cima del Tabor, y agrúpanse en las copas de los cedros, como tiernos corderillos que pacen en la falda de una

colina por la primavera cubierta de fresca yerba, mientras busca el resto del rebaño aromáticas plantas en las escarpadas crestas de los montes. Sonríese el Salvador mirando á las inocentes criaturas, é inmediatamente se elevan los querubines con ellas de astros en astros. Durante su largo viage, preparadas serán aquellas almas puras gradual y sucesivamente por los destellos de las rápidas horas matutinas, á la inmensa luz que mas tarde derramarán sobre ellas los celestiales siglos <sup>1</sup>, á fin de que sean dignas de entrar en el santuario de los cielos.

Una de aquellas almas inocentes y puras, confiada á la custodia del mas joven de los querubines, halló en los floridos llanos del empíreo al único amigo que en su desgracia tuvo el pobre Elisama; corrió el doméstico fiel animal á unirse al niño, y este le recibió con amor; mas, precisado á seguir á su conductor á mas elevadas regiones, dejó al perro en el ingreso al pórtico de los cielos. Allí el fiel compañero de Elisama saluda con alegres ahullidos y tiernas caricias á todos los niños que al trono del Eterno se encaminan; con sentimiento le dejan todos los inocentes, y él, con el recuerdo de las caricias del último que pasó, espera contento la venida del que primero ha de pasar.

<sup>1</sup> El texto dice *aeones*. Véase la nota primera, pag. 56, tomo I.